

antología de un pueblo

Antonio Delgado / Escuela Nacional Preparatoria

UNA MAÑANA DISTINTA

Eran las cinco de la mañana cuando saltó del catre. Por las hendeduras del cuarto de madera se filtraba la luna última del mes de agosto y pintaba rayas en el piso. Alguna vez se tiró de panza para descubrir el desplazamiento de aquellas cortadas lumínicas pero eran sigilosas, imperceptibles en su paso, y los ojos se le iban sin saber, sin darse cuenta, hasta que ya no hubo luna y sólo él estaba tirado ahí como un perfecto idiota viendo el piso ocre. Por eso ya no lo volvió a intentar nunca.

Ahora iba al mar.

Todas las mañanas iba al mar.

Le atraía su grandeza, esa su manera vieja de estar desenrollando olas, como jugando, como queriendo escaparse polifurcado en brazos.

Se vistió despacio. Y con los dedos entreabiertos se escarmenó el pelo y escupió un sabor envejecido y cobrizo, limpiándose luego la boca con un pañuelo sucio. Descolgó el morral de yute y se lo echó al hombro y salió. Fresco el aire y un poco húmedo, traía un ligero olor de peces y de algas. En algún sitio cantaron los gallos las cinco y media y él inició su viaje por la misma calle sola de todas las mañanas. Pasó frente a la cantina de Erasmo, cruzó la plaza salpicada de burros empecinados que mordisqueaban las últimas yerbas de los prados o se rascaban el espinazo y los costillares contra los tallos de los almendros polvientos; más adelante, sobándose la modorra a dos manos, el sacristán se aprestaba a barrer el atrio de la neja iglesia y el padre José María se hurgaba la nariz mientras orinaba desde la puerta del viejo y derruido excusado.

Al llegar al último tramo de la calle se apagaron las bombillas eléctricas.

Faltaban diez minutos para las seis y el ronroneo marino se dejaba oír cercano, como en las conchas o los caracoles.

A la primera campanada de misa de seis estaba parado frente al monstruo azulverdoso. Se quitó los zapatos y los metió al morral; luego procedió a subirse las bocapiernas del pantalón y el agua fría de las olas le lamió los pies con desgano. Algunas veces el agua le abrazaba hasta arriba de los tobillos; otras, el líquido elemento huía como asustado un poco. Caminó por la playa, por entre el aroma lento de yoduro. Ahí estaba la primera concha, y más adelante otra y después un caracol. Todos entraron cuidadosamente en el morral.

Hacía media hora que caminaba por la costura del mar, hacía diez conchas y dos caracoles que el animal inmenso le platicaba dísticos de espuma. De pronto ahí estaba, bocabajo, con los brazos aferrados a la tierra y los pies tratando de huir mar adentro. Era joven, de hirsuto pelo y ropa desgarrada. La piel oscura de la espalda tenía otra delgada pielecilla de sal y arena y minúsculos cristales de agua. Tenía sumido el occipucio y los ojos abiertos, tenía la oreja derecha pegada a la arena como si tratara de oír algo: el latir de los peces o el silencio de su propia muerte. Lo iba a tocar para examinarlo más a conciencia pero le vino a la cabeza aquello de las huellas dactilares que delataron al asesino en la película del domingo y se contuvo a medio inclinar. Lo escrutó ocularmente de cabeza a pies. Era fuereño. En el pueblo, a fuerza de verse y sentirse se sabían los unos a los otros como si éstos fuesen aquéllos, siempre. No era de ahí. No. Se hizo conjeturas: lo mataron por desconocido, por andar a la luz de la luna sin nombre; quizá el mar. Tal vez lo habían matado en altamar y fue arrojado y las olas lo arrastraron hasta la playa. No. Ah, mar, dime. No, no, no. Era posible, sí; era posible. Pero nadie en el pueblo había tenido nunca una lancha. Miserable. Miserable se dio cuenta que estaba pensando como niño y que estaba tarolo y tratando de improvisar un culpable entre los vecinos del pueblo.

—Mejor le aviso al comandante.

Se calzó y a todo correr fue camino de la comandancia. El comandante vivía ahí mismo, entre las celdas, y al cuarto para las siete, como era su costumbre, se preparaba el desayuno. Volaba el olor del aceite quemado.

Era un hombretón de torcidos bigotes y aspecto tosco. Pero en el fondo era retraído y bueno y hasta un tanto dulzón. Pocas veces descubría al culpable de lo que llegaba a suceder dentro de su radio de acción; pero era bueno, bueno con su pistolota pegada al cuadril y sus manazas tardas y encalecidas por su antiguo oficio de herrero.

La insistencia de los golpes en la puerta de acceso lo hicieron recapacitar, calcular la hora, guiñar los ojos como tratando de columbrar dentro de sí mismo y remover a ritmo lento la masa aceitosa de la sartén. Luego ahí estaban otra vez, tercos. Tercos. Fue a abrir. Le temblaba la barbilla y venía metido en un color ceroso y atropellaba las palabras con la acción del manoteo y bufaba. Hablaba de cosas deshiladas, decía del mar y los ojos abiertos y fríos de alguien, de alguien aferrado a la arena con desesperación y tristeza. El comandante oyó la palabra y la desnudó de las otras dichas sin son: muerto. Muerto en la playa. De un salto tomó el sombrero y tumbó el jarro con café y éste se hizo pedazos entre algunas maldiciones de la autoridad.

—Vamos al sitio —dijo encajándose el sombrero hasta las orejas.

Era el primer caso gordo que se le presentaba en mucho tiempo y había que despacharlo de inmediato, no porque le interesara verdaderamente, no; sino porque en las próximas elecciones para alcalde él quería lanzar su candidatura. Estar dentro del cuadro. Ya estaba harto de ser el comandante.

A las siete y cinco el comandante respiraba agitado puesto en cuclillas junto al muerto. Para entonces ya algunos chiquillos vagaplayeros se habían enterado de la presencia de un desconocido muerto en la playa y corrían

con la noticia de casa en casa. Para las diez de la mañana dos policías (los únicos que había en realidad por ser tiempos de paz), aceptaban las explicaciones del médico y colocaban el cadáver sobre una improvisada camilla y a empujones se abrían paso entre todo el pueblo congregado con rumbo a la comandancia. El hombre de los bigotes torcidos llevaba asido por un brazo al descubridor del forastero muerto y hablaba con él. En el fondo, el comandante experimentaba una como sensación de regocijo, niña niña y no acaba de entender, de apaciguar el fulgor ruidoso que de cierto aparecía en sus ojos. Un muerto en la playa. Un muerto. Ajeno. Ah, maldito animalero alegre que me corre por dentro y me llega a los ojos como espumarajo y casi me delata. Ah.

Toda la mañana desfilaron los vecinos ante el cadáver expuesto en un catre de blanca sábana, en la comandancia; dejaban una flor entre los rezos de las beatas y el parpadeo perdido de cuatro velas de a peso. El comandante se limpiaba el sudor con su pañuelo rojo y fumaba con nerviosismo, torpe, pero no daba pie con bola. Nadie sabía nada; sólo que había un muerto y que tenía un fuerte golpe y hundido el occipucio. El médico lo dijo: occipucio-hundido muerte-instantánea. Algunos no sabían ni lo que era occipucio y se imaginaban que el golpe había sido dado en los huevos o en alguna otra parte vergonzosa del cuerpo.

A las cinco de la tarde hubieron de enterrarlo en una tumba desconocida, sin nombre y sin cruz, sin flores —que fueron arrojadas al río sin ternura, secamente— como correspondía a quien no supo identificarse. El calor sofocante del día empezaba a ceder a la llegada de una brisa tenue. Volvían. Entristecidos porque la muerte es triste en su causa y efecto. Porque el día se prestaba para estar tristes, no más.

El comandante pensaba. El sombrero en la mano. Pensaba. De seguro perdería adeptos. Casi estaba en la olla. Ah. Y esta alegría tendiente a la ira. Perra. Ah. El más popular y solicitado era el que había descubierto el cadáver. Salta animal, salta; déjame decir de una sola vez la mierda. A la mejor por esas manifestaciones de simpatía despertadas se le ocurría lanzar la candidatura.

Y a la mejor triunfaba el muy bribón.

EL REGRESO

Abrió la ventanilla del vagón y una ráfaga sofocante le golpeó la cara. Dinámicos paisajes áridos le bañaban los ojos con monotonía documental desde hacía dos horas y apenas si allá distantes se veían las líneas verdes de los cañaverales que quién sabe cuándo se pondrían al alcance. El cloquear metálico y vertebral inducía al sueño. El cielo lucía un azul profundo y por encima de los islotes de matorrales reverberaba el flujo calcinante del sol. Sentía cómo gruesas gotas de sudor le escurrían por la cara y el cuello y la camisa se le untaba a la espalda causándole un hastío pegajoso. El cuero curtido de los asientos propiciaba el acopio de calor. Decidió cerrar la ventanilla.

De los diez pasajeros que eran, sólo el viejo del rincón y él iban despiertos; los demás mojaban su sueño en torrentes agrios de transpiraciones. Tenía la cara rugosa y la piel ceñida a los huesos de los antebrazos, flaco; sumidos ojos acerados fijos en algún punto indeterminado de la planicie, el viejo. Un mechón de pelo gris le caía sobre la frente. Lo había visto subir así, lejano, opaco, y sin embargo próximo y presente en su figura ósea.

De vez en vez el obeso mocetón que viajaba a su diestra emitía sonidos guturales y chasqueaba la boca con denuedo propio de un cerdo. Hubo un instante reactivo, un enojo, y con disimulo le metió el codo entre la grasa del costado pero el émulo porcino se retorció mascullando y nada

más. Él también intentó dormir y cerró los ojos. Si no fuera por aquella necesidad insólita de ver a su padre, por aquel deseo incontenible y la angustia, jamás se habría atrevido a realizar el viaje; pero algo lo empujaba a este regreso, algo tenso y umbilical, deshumano como un mal bicho corroyendo y saltando y señalando un camino senil en las revueltas noches insomnes. Insecto que, pese al juramento de no volver nunca al pueblo, le tallaba el pensamiento de manera obsesionante y lo empujaba. El anciano rabiaría al verlo de vuelta, "porque en el pueblo jamás saldría de perico-perro, porque siempre eran mejor otros aires, otras gentes". Pero él sabía que en el fondo, aquel viejo sucio de miseria, se estaría ahogando de alegría. Y le hablaría con pasión de la tierra seca y agrietada, de la temporada de lluvias, y de que si éstas llegaban a tiempo la milpa sería un orgasmo de renovadas esperanzas. Afán de lucha entre hombre y tierra. Siempre los mismos días, el círculo, la espera sorda por algo que llegaba tarde las más de las veces. Y otra vez el ciclo. Tardes y tardes sentado entre los surcos, en el laberinto seco, viendo cómo las frágiles plantas de maíz se iban torciendo bajo el peso criminal del sol de mayo. La caminata de retorno a casa, las ásperas noches de ojos adheridos a la pared, el sueño que huía, la soledad; y aquellos delgados cuchillos de lágrimas a punto de brotar en un galope descorazonador y bárbaro.

Un nó dico amor se le atoró en el cuello. Y abrió los ojos y quieto, viendo sin ver, estuvo un rato. Se dio cuenta, luego, de que los cañaverales habían quedado atrás y de que un puñado de casas de madera y lámina de zinc



corrían equidistantes y contrarias. Después aparecieron algunas de material ligero y diseño en serie y un canal de verdes aguas enlamadas serpenteaba paralelo a la vía. En una curva alcanzó a ver la estación desolada y vieja, el malacate descargando bultos de caña de azúcar de las carretas tiradas por dormecinos bueyes. Densa quietud; olor de caña quemada y miel. Asió la bolsa donde llevaba algunas frutas y rápido, con ansia casi, se dirigió a la puerta del vagón. Por primera vez en todo el viaje, los ojos de él se encontraron con los del viejo. Y había unos como restos de llanto en los de éste, irremediable.

Antes de que el tren parara saltó y decidido caminó hacia el barrio occidental del pueblo. El sol había descendido un tanto y le daba de frente; con el índice se tumbó el sudor de la cara y aceleró el paso. Algunos vecinos lo observaban al través de la tela de alambre de sus puertas y ventanas, otros, sentados a la sombra de los almendros o cedros le seguían haciendo girar la cabeza. Diez minutos después sólo una puerta ocre lo separaba del viejo; iba a tocar cuando recordó que aquella puerta nunca era atrancada y la empujó despacio. A cierta distancia un grupo de chiquillos lo miraban. Un cosquilleo desconocido le ascendió y la saliva se le hizo aceitosa y salobre. Como cuando partió y las lágrimas le llegaban a la boca. Solo. Y el viejo escupiendo contenido, parpadeando. Sin nadie más que él y él se iba.

Los chiquillos lo observaban con una quietud lastimada, casi propensa al llanto. Abrió. No había nadie en casa: un sombrero roto colgaba de un



clavo, un machete arrinconado, un hacha, un olor de vejez deshabitada pendía en todos los sitios. "Ha de andar en la milpa" —pensó y salió corriendo.

—Está en el panteón —le dijo un niño flaco y triste.

—¿En el panteón?

Y la bolsa se le soltó de las manos rompiéndose en una flor inmensa de naranjas.

UN HOMBRE PROPENSO A LA FELICIDAD

Calixto el boticario era un hombre flaco y peludo. De entre las blancas mangas de su bata le brotaban las manos simiescas pero ágiles en el instante de envolver las medicinas.

Iba para veinte años que estaba casado con Ángela, una mujer sin entusiasmo, endurecida, por cuya cara se desplazaba una mancha pañosa y un gesto hosco, siempre, le cerraba el entrecejo. Cuando joven había sido atractiva, de fino rostro enmarcado por caireles, dedos delgados y suaves. Suave ella. Dulzurada. Esbelta desde los ojos amielados hasta la punta de pez de sus pies. Pero la esterilidad le había causado un trauma de difícil desarraigo que se manifestaba generalmente en una antipatía hacia todo trato social. La rodeaba un silencio atroz, una parquedad rayana en la insolencia. Calixto conocía la causa de este cambio paulatino y la conocía todo el pueblo, por eso mismo la evadían mientras Ángela se llagaba de ira en su hermetismo. Él había acabado por sobrellevarla, por decir sí sí sí para cada una de las cosas del todo amargo en que se constituía Ángela. Era esto lo que más la enfurecía, esta sumisión, esa lástima invisible que la tocaba y la punzaba en la larva de la derrota que llevaba por dentro.

—Ni los animales la merecen porque en ellos el instinto es más puro que el sentimiento. Crees que no lo sé. Crees que no he visto cómo te duele el exterminio de tu sangre. Perro. Perro tú que no sabes lo que yo sé.

Y prorrumpía en sollozos amargos. Ángela. Ángela, si supieras este amor a muerte que te tengo. Ángela. Este amor de sangre a sangre, de carne a carne.

Aquella noche Calixto cerró la botica más temprano que de costumbre. Y a las ocho y veinte de la noche se preparaba la cena.

En el cuarto contiguo Ángela estaría acostada con sus amielados ojos fijos en la pared, con la mano sobándose el vientre, pensando. Con la mente terca en una forma y una manera nueva de flagelarse: un niño acariciándole los senos y sonriendo, tibio.

Él tuvo una idea mientras cenaba, densa. La redondeó con un cigarrillo en el reposo y con otro y muchos más, hasta que un asco de nicotina le raspó la lengua obligándolo a empujarse una sal antiácida. Fue al excusado y orinó y escrutó la noche calurosa poblada de estrellas opacas. Quizá mañana fuera más delgado este aire y dejara ver el calor verdadero de cada uno de esos lejanos cuerpos celestes indecisos.

A las veintitrés horas se desvestía para acostarse; sabía que su mujer aún estaría despierta sobándose el vientre. Y la abrazó cuando estuvo recostado junto a ella; olía a mugre, a transpiraciones agrias, ella, Ángela; antes tan aromada y fresca y llena otra vez de ese aroma transparente que genera el ser joven y limpio de toda pasión. Le pasó la mano por los senos y se los estrujó despacio, casi con amor, y ella tuvo un momento preciso de rechazo, un instante, y accedió al fin al burdo juego.

Le sabía la boca a cobre y entre las piernas un sudor pegajoso le escurría.

Calixto amaneció contento y silbaba una alegre canción mientras abría su botica. Pasó el lechero y lo saludó amablemente, al policía, al estupendo cartero con su botellita de aguardiente metida en la cintura y un verso en la boca; saludó a la muchacha aquella que corría y corría para

siempre llegar tarde a abrir la tienda de abarrotes. Hasta al grosero perico del vecino saludó y aquél le mentó la madre y él se rio como un estudiante en día de prángana. Calixto era un hombre propenso a la felicidad, un ser tocado por el divino dedo de un ser tocado, a su vez, por la locura.

Hacia las diez de la mañana se dejó sentir un calor seco y algunas nubes blancas, veloces, patinaban en el azul claro; sucios zopilotes volaban en círculos concéntricos. "Tal vez pronto tengamos lluvias" se dijo y empezó a jugar con una botella de soda. Cuando niño también jugaba así con las botellas, gira gira gira gira; y le gustaba introducir un dedo por el cuello pulido de éstas hasta que un azul día sin recodos, sin saberlo, se le quedó atorado el anular y varias horas anduvo así, con una botella colgando, con un inmenso dedo de vidrio que era la envidia de los muchachos. Pensó dejárselo por siempre así. Lo decidió. Pero su padre le dio una cueriza extraordinaria y con agua jabonosa y después a golpes le tumbó su hermoso dedo. Y más que la hinchazón del anular y los violetas verdugones le dolía la acción de aquel viejo desencajado que blandía el puño sin raíces y sin conceptos. Pero ahora mismo podría hacerlo nuevamente. Podía. Y hacerlo era la confirmación de sí mismo. Y lo hizo. Y todo el día anduvo con su dedo de botella; y los clientes le preguntaban el motivo y él se reía satisfecho.

Pobres, no saben lo que es tener un dedo de botella. Háganlo. Crézcanse una botella dedo. Háganlo ya. Dedo botella dedo.

Para las seis de la tarde el doctor hubo de amputarle el dedo gangrenoso. Y entonces ya no tuvo dedo ni botella y estaba triste; triste de sí y en sí porque a treinta años tiempo aún triunfaba la acción del viejo reduciendo la frustración primera. Por esto y por lo que Ángela ya no sabría, por lo que no vería a través de la membrana sórdida del odio, fue que cuando pasó el cartero lo llamó y le pidió un trago. Un trago de aguardiente. Luego mandó al mismo cartero a comprar otra botella de licor de caña y los dos, muy ebrios, se pusieron a decir versos. Versos a grito pelado a mitad de la calle. Regaló medicinas; y al que no las quería se las arrojaba a la cara y seguía diciendo versos mientras al cartero la fatiga y el aguardiente lo habían empujado a un rincón y roncaba. Vinieron el comandante y los policías y los mandó a la tiznada. Mató al perico. Y a la gente que se arremolinaba frente a la botica les dijo la madre y quién la parió, en verso. Ángela: tú si te sabes el truco aquel de la virgen y la paloma. Tú si te sabías mis juegos. Excepto el último. El último. Yo soy más firme en mis propósitos y preví lo que pretendías, por eso mismo, por eso mismo...

Hasta que un macanazo al borde de la oreja derecha lo incrustó de lleno en un sueño pesado, pesado; en un caos de imágenes y días. Y ya no supo más.

Despertó en el interior de una celda. Con un intenso dolor cercenándole el cerebro empañado como el ojo de un muerto. Con otro dolor subiéndole desde el dedo amputado hasta la axila. Vaho de una noche diferente desvanecida y brutal sin embargo. Violenta. Sí. Sí dura y de exterminio.

El comandante lo veía con un aire de sorpresa colgado en los bigotes: Calixto había sido un hombre serio desde siempre.

—¿Y mi mujer? —dijo casi para llorar.

—No ha venido, Calixto. Seguramente vendrá después que haya pasado la vergüenza.

—No. No vendrá.

—¡Psst! —escupió—. ¿Sabes que tu mitotito te puede llevar más allá de lo previsto: a la tumba? —Se palpó el bigote un tanto arrepentido. Pero ya había iniciado su temor y siguió, totalmente humano—. Ese dedo que te amputaron y las copas. Y las copas. La gangrena es mula, Calixto. Es mula. Uno no sabe nunca hasta qué punto se va a llegar y corre, se precipita uno y cae y termina. Uno qué. Se esfuma al contacto con la tierra. Pero

quedan otros seres que enraizaron en nosotros, expuestos, sin dónde adherirse.

—Comandante —dijo—. Esta cochina vida vale una madre.

El comandante se fue a una silla y desde ahí lo vio, incrédulo. Carajo. ¿Y el hombre que era? Se arrellanó perfectamente y se echó el sombrero sobre la cara. Eran las tres de la mañana. Calixto el boticario se puso las manos en los carrillos y apoyó los codos en las rodillas. Entrecerró los ojos. No más. Y no supo si en verdad había dormido o toda la madrugada se la pasó pensando, cuando los abrió. Los primeros rayos del sol siguiente lo hicieron volver en sí, darse cuenta que era otro día. Y aquel dolor de la mano a la axila, y aquella mano de color morado, casi violeta, casi negra, le dejaba un halo propenso de muerte. Esta cochina vida. No quiero morir, no. Ángela, si supieras cómo me dueles tú, cómo me dueles tú en mí, aún. Yo que no soy sin ti. Tú que no eres ya y me matas.

Unos violentos golpes en la puerta de la comandancia hicieron que el comandante saltara de la silla. Se desmodorró un poco fregándose los ojos, bostezó, gimió, escupió. Con parsimonia fue a abrir. Calixto se imaginó el motivo. Por eso cuando tuvo al comandante parado ante la reja con una palabra muda en la boca y un color cenizo en el rostro, se paró frente a él.

—Yo la maté, comandante.

Dijo y sonrió con dulzura. Yo que no soy sin ti. Tú. Tú.

